

CANARIAS, tras el **DELTA**

Relato gráfico del paso de la tormenta



Un cartel alertaba del riesgo de derrumbes junto al Dedo de Dios.



Las comarcas del centro y norte de Gran Canaria, las más afectadas.



El viento dobló las señales de tráfico en el sureste grancanario.



Un poste, caído en Montaña Los Vélez, en Agüimes.



Antena de comunicaciones derribada por el viento en Gran Canaria.



Un hombre pasea por el muelle de Las Nieves, en Agate.



Retirada de árboles entre Arucas y Teror.



Destrozos en un bar de Los Chorros, camino de Firgas.



Oleaje en la Avenida Marítima de la capital grancanaria.



Paseantes con paraguas en la calle Mayor de Triana.



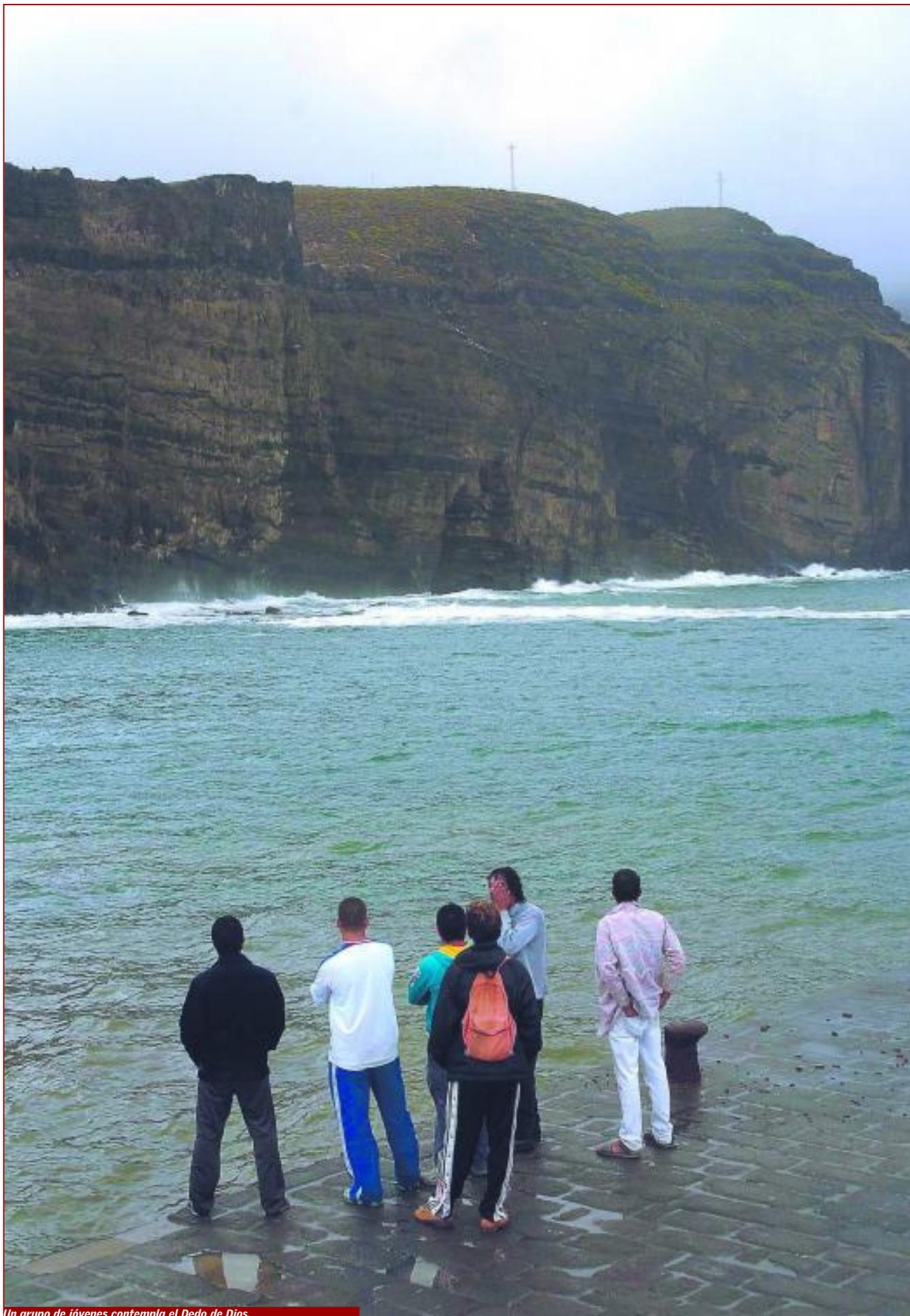
Las Nieves, al fondo, con lo que queda del Dedo de Dios a la derecha.



Un vecino de Agaete muestra un cuadro con el Dedo de Dios.



Numerosas personas se acercaron ayer a Las Nieves.



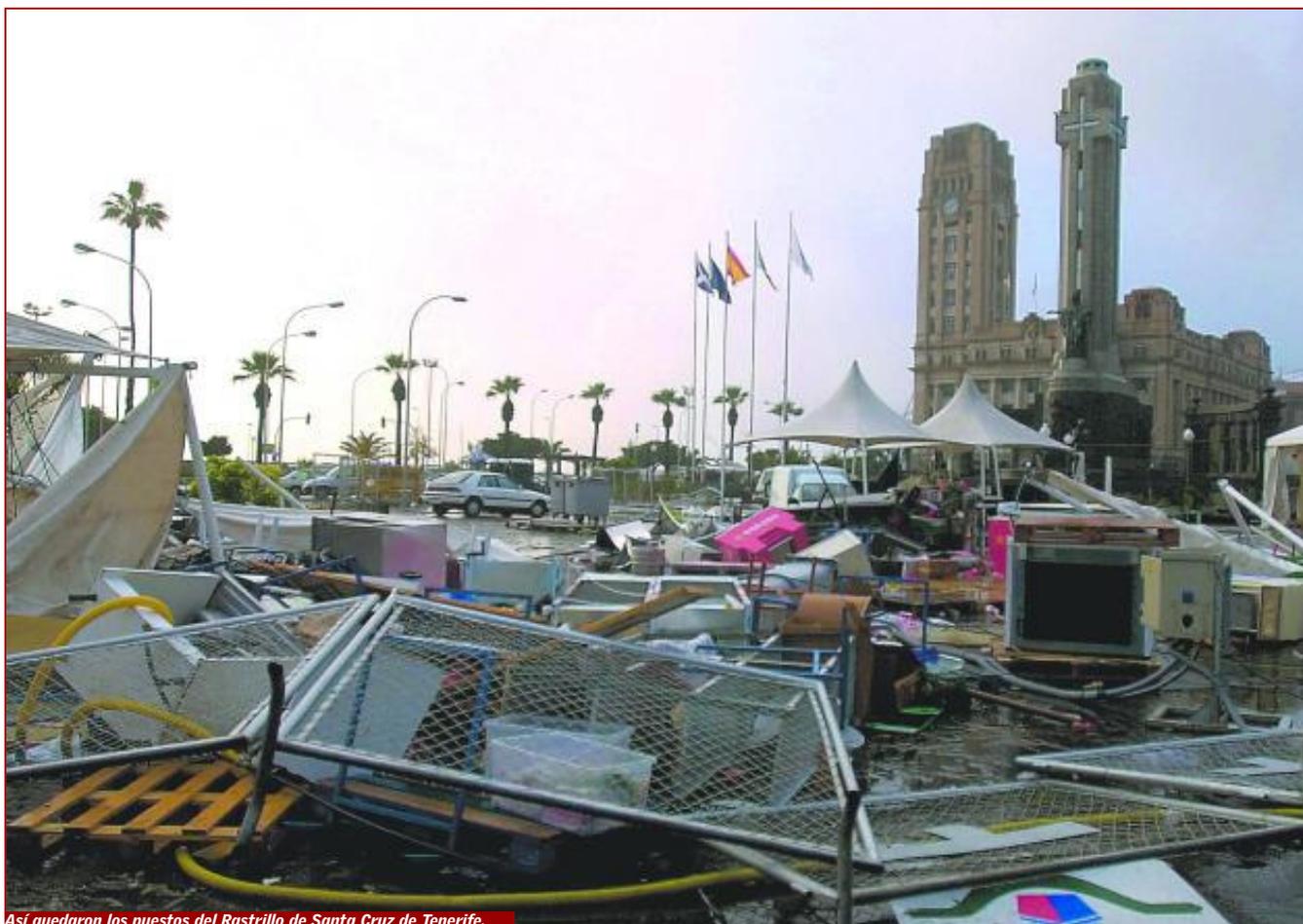
Un grupo de jóvenes contempla el Dedo de Dios.



Las ramas caídas dificultaban la circulación en Tenerife.



Árboles arrancados de cuajo junto al puerto santacrucero.



Así quedaron los puestos del Rastrillo de Santa Cruz de Tenerife.



Detalle de Las Ramblas en la capital tinerfeña.



El viento destruyó una señal viaria en Fuerteventura.



Detalle de los daños en el puerto de Gran Tarajal.



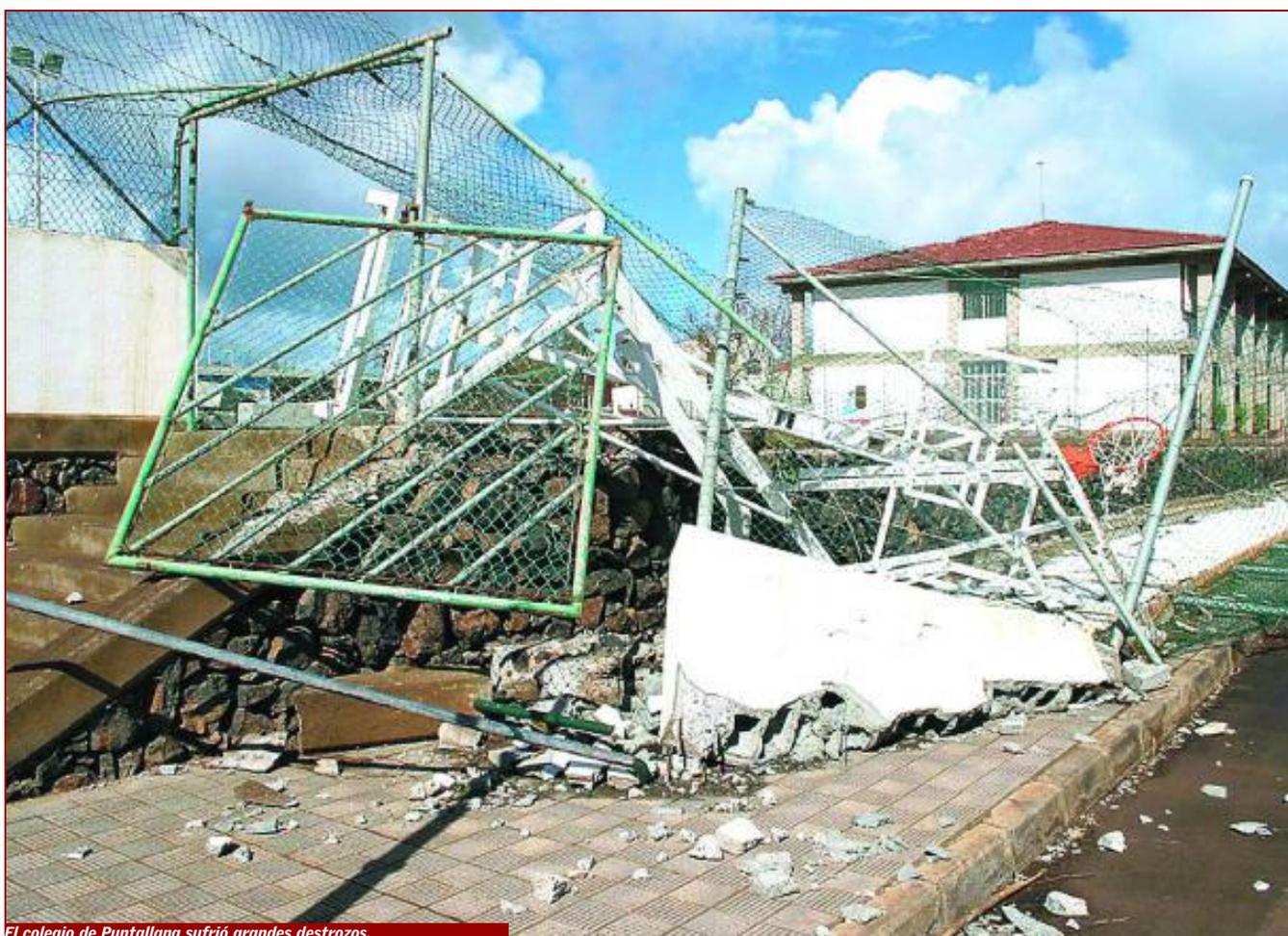
La escultura móvil de Manrique acabó en tierra.



Recogiendo barro en un restaurante de Haría.



Destrozos en una fachada en Santa Cruz de La Palma.



El colegio de Puntallana sufrió grandes destrozos.



HUÉRFANOS DE DIOS

JOSÉ MUJICA

Casi al borde del cruce que lleva a La Aldea, existe un atajo acolmatado, en otros años, por tunos indios y cascajos grisáceos. Es un camino serpenteante que bordea los acantilados de Las Nieves y permite alcanzar Guayedra en apenas 60 minutos. Es, posiblemente, el mejor punto para observar desde lo alto ese monumento irremplazable que es (fue) el Dedo de Dios.

La sensación de orfandad es honda, desierta como ese camino escondido a la sombra del roque de la cruz. Aquella cucaña que Telo organizaba en septiembre, por las fiestas del macho cabrío, solía tener un ganador, Juanillo el faneque, que se presignaba antes de cada prueba. Era un concurso de galletones, los más osados y atléticos del pueblo: caminar sobre un tablón engrasado con un banderín en el extremo a tres metros sobre el agua. Todos, absolutamente todos, se encomendaban al Dedo de Dios para ganar, pero Juanillo sobresalía.

Hay quien sostiene que la mayoría de la villa mantuvo siempre una doble veneración al retablo flamenco de Las Nieves y a ese Roque Partido que Fray Lesco denominó Dedo de Dios. Hace algunos lustros, el pueblo se solviantó cuando la novia de Alfonso Guerra quiso rehabilitar el tríptico de Las Nieves fuera de la ermita. Ya en esa ocasión, Agaete dio un paso firme de preservación de su patrimonio, pero ahora las cosas son muy distintas y aunque la fórmula de reparación artificial sea viable, nada será igual.

A la falda del Dedo de Dios se rendían ofrendas. En esas plataformas verdosas que exhibía la marea baja, Tito descargaba a mediodía los baldes de pescado insano que se colaba entre las nasas; buceadores como Mingo, Juani o Chani se sumergían en busca de pulpos y morenas y Tarzán se marcaba como meta, día a día, el equivalente al menos a 20 piscinas de 50 metros.

Ese esplendor marino gozaba de protección divina en forma de roca y cada paseo hasta la tercera aventuraba un diálogo íntimo e intransferible. Hoy ese tramo del antiguo muelle de Las Nieves está huérfano. Una quemazón en la garganta acrecienta la duda de si el emplazamiento del dique de atraque y abrigo fue el idóneo; de si la alternativa de las salinas hubiese atenuado la erosión del roque. La impotencia es tan infinita que vale la pena abrir el debate, sobre todo, por la memoria de las decenas de miles de almas que depositaron su fe y su esperanza en este Dedo de Dios hoy desmoronado, santo y seña de la fiesta de la rama y de cultos aborígenes.

Cuando la marea alta inundaba la casa de pescadores de Matías o el agua se arrinconaba en la calle principal, junto a la tienda de Pepito y en el mismo atrio de la ermita, el Dedo de Dios y el retablo de la Virgen protegían a los humildes residentes del casco marinero, resignados esos días a no salir a la mar por las adversas condiciones climatológicas. Cuando se escogía el camino escondido que conducía a Guayedra, también el Dedo de Dios trenzaba una red que impedía lo peor cuando uno se alongaba más de la cuenta. Existía una cobertura invisible a tres bandas entre la ermita, el roque de la cruz y el Dedo de Dios, que daba al pueblito un aura de misticismo digna de estudio.

Probablemente, no volveré a transitar por el camino oculto que lleva a Guayedra. Hoy, los acantilados están sujetos a penitencia y el riesgo es mayor sin la petrificada divinidad. No es un castigo, pero posiblemente, sí una advertencia: con las cosas de la naturaleza no se juega, intervenir en su evolución natural (contribuir a la erosión, por ejemplo) es creerse dios. Ni cucaña, ni buceo, ni paseo, ni ofrendas...

Gran Canaria perdió uno de sus símbolos.

Reportaje gráfico de Fernando Ojeda, Gerardo Montesdeoca, José Pérez Curbelo, Arcadio Suárez, Juan Carlos Alonso, J.T. Garriga, Guayedra Brito, J.L. Carrasco, Fañi García y la agencia EFE.